

que adquirí de Martínez del Río nada más que en veinticinco mil pesos, y los terrenos colindantes con esos, que compré en cincuenta mil pesos, y pienso completar el hermoso parque añadiéndole otras muchas propiedades... Ya veréis el castillo dentro de diez años... Me ha hecho Tangassi dos tazas de alabastro, pero no me placen; se retirarán del servicio aunque se pierdan los dos mil pesos que costaron; tampoco me agrada mi busto en bronce: afortunadamente se contrató sólo en cinco mil pesos... He pensado quitar la vitrina (dirigiéndose á la Emperatriz) que se había puesto en el cuarto que destinamos á la princesa Iturbide... Cegaremos la escalera que va de vuestra habitación al fondo de la colina... Hay que abrir una puerta entre mi despacho y el del jefe del gabinete... Y os convido mañana para que vengáis á ver el teatro del palacio y para el cual ya tengo director: Zorrilla, el poeta Zorrilla... Señor Robles, en muestra de la simpatía que os tengo, os regalo mi retrato.

Y le dió un medallón riquísimo, ornado de piedras y diamantes.

Dió las gracias el fraile, me despedí atentamente y salí á aguardar á la Emperatriz para el almuerzo.

Esa tarde, acompañado solamente por un picador, fué Maximiliano á pasearse á caballo por el rumbo de la Soledad de Santa Cruz, y recibió en su camino la ovación más espontánea de todo su reinado.



## TERCERA PARTE

### CAPÍTULO PRIMERO

#### Los compadres

**E**s, pues, el caso, que obtenida la licencia, otorgado el poder en favor de Aquiles, listas las cartas de recomendación, armada del mayor esfuerzo que logré procurarme y resuelta á sufrir todos los desaguisados posibles, salí de México con dirección al turbulentísimo departamento de Michoacán, lleno de gaviillas de ladrones, si habíamos de creer á los periódicos franceses, y de partidas de patriotas, si habíamos de dar asenso á los ojalateros republicanos, que diariamente hacían público alarde de su inconformidad con el régimen establecido.

A nadie le hace gracia levantarse á las tantas de la

madrugada; pero menos le gusta á quien, como yo, se dormía diariamente entre dos y tres de la mañana; y aunque el día que antecedió al de mi salida me recogí



muy temprano, no concilié el sueño sino cerca del amanecer, cuando el criado llamó á mi puerta gritándome á voz en cuello:

— Ya es hora; van á sonar las cuatro.

Con la premura posible, tomé mis ropas, que estaban ya á punto; abrí la puerta; ordené al mozo que cogiera mi maleta, y tomé el camino de la casa de diligencias. Ya era tiempo; la diligencia estaba en el patio cargada hasta los topes, iluminada por dos ganapanes que sostenían sendas y resinosas teas embreadas que daban tanta luz como humo y que regaban el suelo con gotas negras y calientes que no tardaban en congelarse por el frío de la mañana. Me senté en el

lugar que me estaba destinado, y aunque pensé que nadie sabría mi nombre ni mi calidad, no tardé en conocer que mi incógnito no quedaría tan oculto como el del autor de

las cartas de Junius. Un alemán de buen porte, viejo y hablador hasta por los codos, se quedó mirándome cuando un gachupín de muy mal humor me alumbró la cara con una linterna, y aunque guardó silencio al arrancar los caballos, apenas el carruaje salió á terreno plano, me dijo el malvado tudesco, de quien no distinguía más que las barbas cortadas á tijera:

— ¿Quién nos hubiera dicho, señora, que después de haber comido juntos anteayer, nos habíamos de encontrar ahora en este carruaje?

Comprendiendo que á mí se dirigía, le dije:

— La verdad es que no recuerdo... no sé cuándo hayamos comido juntos.

— En la mesa de S. M. el Emperador, replicó triunfante el alemán: soy Feist, Federico Carlos Feist, sérvidor de usted...

— No recordaba...

— Comí cerca de la señora Arrigunaga, que por cierto es muy bella; usted estaba en frente, al lado del general Herrán.

— Es verdad.

El bendito Feist logró con aquellas sus indiscreciones despertar la atención y la curiosidad de los demás pasajeros; mas después supe que no era tanta su perspicacia, pues el bueno del montañés, que tenía que despachar la diligencia, estuvo renegando por no poder maniobrar á su

gusto, porque había recibido orden de no salir hasta que se presentara una señora del palacio; y como Feist y todos los viajeros se fijaron en que el coche partía tan pronto como llegaba yo, no necesitaron ser lince para figurarse que yo era la persona que se había de aguardar.

Por Santa Fe nos sorprendió la mañana, fría y metida en bruma, pero alegre y simpática: dicen que los grandes acontecimientos se anuncian hasta en el cariz de la atmósfera y en el color del cielo; aquella atmósfera y aquel cielo no anunciaban sino paz y bienandanza.

Luego que se disiparon el sueño de la mañana y la timidez y el encogimiento de las primeras horas, se estableció en la diligencia aquella cordial comunicación que era peculiar de los coches mexicanos destinados al camino. ¡Cuántas amistades firmemente establecidas se anudaron en una diligencia! ¡cuántos negocios problemáticos y hasta desechados volvieron á considerarse y á resolverse favorablemente en un viaje en diligencia, y cuántos matrimonios, noviazgos, riñas, paseos, excursiones, pleitos, duelos y quebrantos en una diligencia y sólo en una diligencia tuvieron origen!

Ibamos, además del alemán y yo, una muchacha de buena cara que parecía mujer de un sujeto medio eclesiástico, medio seglar que bostezaba á cada rato; una moza de esas que llaman del partido; dos muchachas muy guapas que iban acompañadas de dos mozallones tan barbu-

dos, que se habría visto apurado quien quisiera colocar en su cara un pelo más. Total, nueve personas.

— Aquí es, dijo uno de los muchachos, el famoso Salto, donde roban... A mi padre le quitaron hace siete años, hasta el encapillado: llegó á Toluca menos que en cueros, pues hasta un pedazo del de la cabeza le habían quitado y destilaba sangre que era un horror: dos meses tardó en reponerse.

— Eso era antes, observó el prusiano, no ahora que, gracias á las batidas que dan las tropas francesas por el monte de las Cruces, no se ve un ladrón ni para remedio.

— ¡Ah, que don Federico! exclamó riendo el muchacho, que era gracioso y bien entendido. ¡Si los hay, á puños y de todos colores! Pregúnteles usted á los Acostas de Texcoco y á los Avalos de Tlaxcala, á ver cómo les fué hace ocho días en este camino.

— Y á don Antonio López, de Cuajimalpa, que por hacer resistencia le dieron un tiro en semejante parte (Dios le guarde), añadió el de cara afeitada, que luego supimos era notario de un pueblo cercano.

— Hay ladrones de á bola.

— Bueno, bueno, advirtió don Federico, batiéndose en retirada; no digo que no se den algunos casos; no era posible acabar en un día con una plaga secular; pero ustedes no me negarán que la cosa es distinta de lo que era hace

cuatro años, en que me robaron catorce veces de México á Pachuca.

— Pues poco más ó menos, dijo el barbudo.

— No tanto.

— Yo no veo gran diferencia.

— Yo sí.

— La culpa la tienen los hombres, hizo observar Feist; si en vez de dejarse pelar de modo que no les dejen ni pellejo, se hicieran una y recibieran á los ladrones con confites de plomo, no se vería nada de esto.

— Pero para eso se necesitaría que el Gobierno auxiliara á los particulares.

— O sin auxiliarlos: supongamos que aquí nos cayeran unos cuantos ladrones... Venimos cuatro hombres válidos, más de la tercera parte de los que ocupamos el coche... Con el cochero y el sota, no hay que contar, pues en su interés está no resistir... Nos asaltan, les recibimos á tiro limpio, y colocándonos tras de la diligencia, le disponemos al cochero que le pegue al ganado, y nosotros vamos batiéndonos en retirada... ¿Qué les parece?

— No sería malo, dijeron los mozos barbudos que parecían hermanos entre sí y hermanos de las payitas de caras lindas. El sujeto medio eclesiástico, medio seglar nada dijo ni respondió nada.

— Yo hablo así, declaró con franqueza el germano, porque traigo conmigo un baulito de joyas que constituye

mi fortuna y unas cuantas onzas que son el dinero con que cuento para salir del país. Voy á Morelia á arrendar una hacienda de caña que tengo por el rumbo de Tacámbaro y á recoger á mi familia, que está necesitando de mi ayuda para salir de la finca: en seguida me marchó para Europa. Yo creo seguro el camino, pero si no lo está peor para los ladrones: traigo aquí una carabina Minié, que vale cualquier cosa; traigo una buena puntería y traigo, sobre todo, el deseo de salvar lo mío... ¡Qué diablo! ¡No hemos de morir de parto ni de cornada de burro!... Si ustedes me acompañan, me batiré en su compañía; si no, me batiré solo, que al fin traen algo que vale más que mi dinero, y es el honor y las personas de estas bellas señoras, que me figuro serán esposas ó hermanas de ustedes.

El discurso del extranjero sirvió para lo que deseaba, pues los zagalones exclamaron al unísono:

— Estamos á sus órdenes, don Federico.

— Estoy á sus órdenes, murmuró con devota fruición el notario.

— Bien: aquí vamos atravesando (y señaló el camino, que era una bellísima cañada formada por el reborde de dos montañas) el famoso puerto de San Juan, que es de fama universal: preparémonos, que es menester que demostremos bríos.

Aunque había viajado poco en diligencia, sabía bien que no escasea el tipo del pasajero (generalmente militar)

fanfarrón y necio, que asegura se comerá crudos á los ladrones y cuya primer diligencia es poner en sus manos desde los anillos hasta los escapularios: no dí, pues, mucha importancia á las cosas de don Federico y me limité á guardar silencio.

La diligencia avanzaba pesadamente en la garganta llena de obstáculos: crujían el garrote y los ejes; caían de la montaña piedrecillas que sonaban en la azotea del coche; todos guardábamos silencio, cuando oímos un golpecito en el vidrio que comunicaba el coche con el asiento del conductor, y vimos la cara de éste diciéndonos claramente y como anunciándonos un número con que ya contaba:

— ¡Los *compadres*!

Don Federico fué el primero en saltar á tierra derribando unas jaulas de sinsontes que empezaban á cantar al sentirse en aquella repuesta espesura y que se callaron al recibir la patada del gringo; por un lado y otro bajaron los muchachos, y después de todos el curial, que se llevó enredada una maleta de las que iban entre los pies de los pasajeros.

— ¡Por Dios, Pancho!

— ¡No, Manuel!

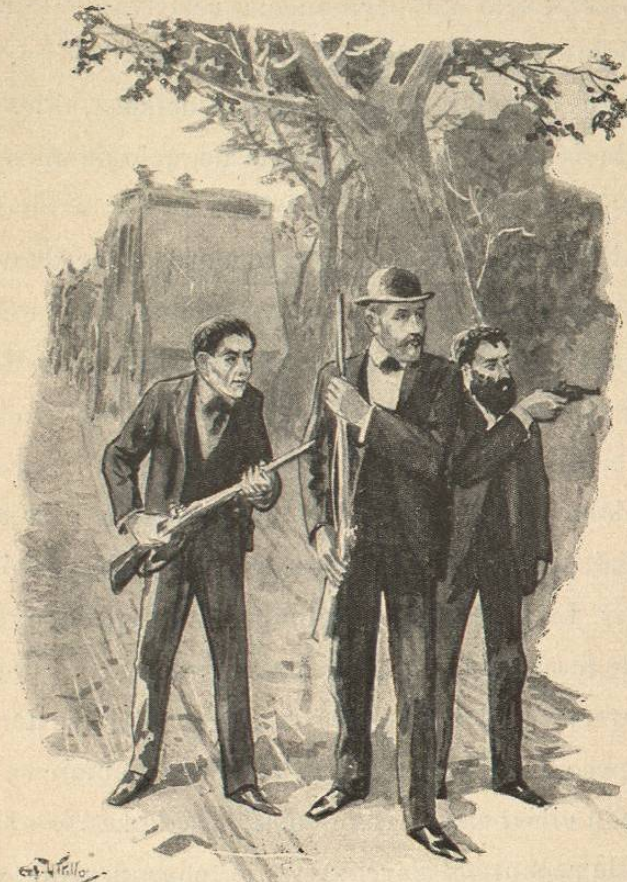
— ¡Ay, Casimiro!

— ¡Dense, por Dios!

— ¡Más vale perderlo todo!

— ¿Cuántos son?

Los hombres no escucharon palabra: uno de los muchachos se trepó al pescante en que el cochero estaba



dirigiendo la maniobra, y señalándole el manajo de mugrientas correas que empuñaba, le dijo:

— Si las sueltas, te vuelo la tapa de los sesos.

Las mujeres nos replegamos al interior del carruaje

dando diente con diente; la moza del partido invocaba á todos los santos; las muchachas se apretaban las manos y decían frases incoherentes; la mujer del notario lloraba á grito abierto; sólo yo permanecía relativamente serena, figurándome que no podría acontecer nada funesto, pues ó los hombres cesarían en su insensata defensa, ó los ladrones quedarían vencidos: todo sería negocio de unos cuantos tiros y de unos cuantos desmayos.

Don Federico, que era el verdadero autor de aquella hazaña, distribuyó á la gente, y teniendo de un lado al curial y del otro al muchacho que habían llamado Manuel, esperó á pie firme la agresión de los ladrones. No tardaron en bajar éstos en un pelotón de cinco ó seis: se oyó que hablaban, que respondían los arrojados pasajeros, y se escuchó en seguida una descarga que ahuyentó á los asaltantes. La diligencia caminaba poco á poco, oyéndose el roce de las llantas en los peñascos: se calmó el lloriqueo en el interior del coche y parecieron alejarse los *compadres*, pero los denodados sujetos que habían salido á batirse con ellos, caminaban todavía á la zaga de la diligencia. De repente el garrote gimió, chasquearon los pernos de las ruedas, el cochero azotó el ganado y el carruaje se derrumbó por una cuesta, tan violentamente, que no parecía sino que iba á hacerse y á hacernos añicos en menos que canta un gallo.

Según parece, los pasajeros vieron entonces nuevas

figuras sospechosas, porque le gritaron al conductor con toda urgencia:

— ¡Pícales á los caballos; no te detengas... ó te mueres!

Estaba seco el arroyo que seguía á la cuesta, pero el camino se internaba luego en una subida apretada de árboles, que con sus penachos oscuros que movía el viento pausadamente, parecían decir á los valientes escoltadores del carruaje que no debían meterse en aquella lobre-guez; mas como no era posible quedarse en la hondonada á recibir disparos y más disparos de las alturas sin poder guarecerse en ningún lugar, la diligencia emprendió el ascenso penosamente, como si quisiera retardar el mal trance que se le esperaba.

Llevaríamos vencida la mitad de la cuesta cuando vimos salir claramente el cañón de un mosquete de entre el tupido ramaje de un pino y oímos un

— ¡Párense ay, *jijos* de...! que nos heló la sangre.

Al mismo tiempo salió de la espesura una verdadera lluvia de balas tan bien dirigidas, que el coche quedó atravesado en muchas partes. Los cuatro atrevidos caballeros respondieron con otra serie de tiros dirigida al bosque, pero deben de haber hecho poco daño, porque la nueva descarga que nos asestaron fué todavía más nutrida que la primera.

— ¡Dios mío, si son muchos! gritaba la del curial.

— ¡Qué horror! ¡Nos matan á todos!